

# UN CINCUENTENARIO GLORIOSO

## EL INCENDIO DEL COLEGIO DEL SALVADOR

(1875-1925)

---

El 28 de febrero viene a rememorar un hecho que hace 50 años llenó de consternación a Buenos Aires, llevando la alarma al resto de la República y un borrón de ignominia para la misma ante el extranjero, adonde el telégrafo no tardó en transmitir el vergonzoso atentado.

Hacia 7 años que funcionaba el Colegio del Salvador que, junto con el de San José, eran los únicos particulares de algún prestigio, existentes en esa época en Buenos Aires; e iban ensanchando el campo de acción a medida que las familias les manifestaban su omnímoda y espontánea confianza. El del Salvador había tenido que ir año por año ampliando sus construcciones, obligado por el número de alumnos que, tanto de la Capital como del interior, solicitaban su admisión en el mismo. Sus laboratorios, así de Física como de Química, sus colecciones tanto de Mineralogía como de Botánica, eran notabilísimas por más de un concepto; en una palabra, los elementos todos de enseñanza se hallaban a una altura tal vez superior a los de los establecimientos oficiales.

Este progresivo desenvolvimiento no tardó en llevar la alarma al campo irreligioso, y las huestes masónicas decretaron la destrucción y exterminio del Colegio del Salvador, en la plena seguridad de que ese salvaje atentado traería como consecuencia la salida de los jesuitas de la Capital y luego del resto del territorio de la República.

Tomada esa resolución en una de las *tenidas* masónicas, el pretexto para realizarla no tardó en presentarse.

El señor Arzobispo Monseñor Federico Aneiros, con el deseo de intensificar y organizar la acción parroquial, resolvió trasladar la parroquia de San Ignacio a la Catedral y devolver dicho templo a la Compañía de Jesús, cuya posesión había tenido desde que fué lla-

mada por Rozas, hasta que éste la expulsó de Buenos Aires por los motivos de egoísmo y amor propio, conocidos en el campo de la historia y que él mismo no tuvo inconveniente en declarar.

El señor Arzobispo, antes de proceder a la ejecución de un hecho que no sólo estaba plenamente en sus atribuciones, sino que era una voluntad manifestada por su antecesor en el gobierno de la Arquidiócesis, Monseñor Escalada, resolvió comunicar su proyecto tanto al Gobierno de la Nación como al de la Provincia. El Gobierno Nacional aprobó incondicionalmente y sin demora el plan del Metropolitano; pero el de la Provincia, a cuyo frente se hallaban, en calidad de Gobernador Provisorio y de Ministro de Culto e Instrucción Pública, dos masones calificados, no dió respuesta alguna. (1)

Esta decisión del señor Arzobispo sirvió de pretexto a la masonería para provocar la perpetración del atentado que tenía resuelto: comenzó, pues, a excitar los ánimos lanzando, a 15 de enero, en su órgano oficial titulado *Revista Masónica Americana*, esta significativa provocación: «Damos por esta vez el grito de alarma a nuestros hermanos. Cuidado con los Jesuitas que se relacionan con nuestras familias: cuidado con las escuelas dirigidas por Jesuitas: cuidado con el confesonario». Este grito de alarma dado por la masonería no tardó en tener una intensa repercusión en toda la prensa liberal de Buenos Aires, sobre todo en el diario *La Tribuna*, que desde ese día emprendió una campaña de infamias y calumnias, asentando con todo descaro que la subsistencia del Colegio del Salvador era una tolerancia inexplicable que debía desaparecer al momento. Excitóse también el ánimo de varios vecinos de la parroquia de San Ignacio, los cuales elevaron una exposición, con carácter de protesta al Gobierno de la Provincia, a fin de que el proyecto del señor Arzobispo no se realizase. El señor Arzobispo, con el fin de calmar los ánimos y para dar explicaciones de lo que le movía a tomar su proyectada resolución, publicó a 15 de febrero una Pastoral dirigida a los fieles

---

(1) Si el señor Arzobispo comunicó al Gobierno de la Provincia su resolución acerca del traslado de la Parroquia de San Ignacio, fué por mera deferencia.

Además, para la debida inteligencia así de este punto como de otros de que habremos de tratar no debe perderse de vista que hasta 1880, en que se federalizó la Capital, esta dependía exclusivamente del Gobierno Provincial, de modo que las Autoridades Nacionales no tenían, fuera de los edificios de su dependencia, más autoridad que la que actualmente tienen en las Provincias. Téngase en cuenta esta situación legal para cuando llegue el momento de las responsabilidades por los luctuosos sucesos que vamos a comentar.



de la parroquia de San Ignacio, en la cual, entre otros elogiosos conceptos, decía lo siguiente: «No puedo persuadirme que no queréis en esta casa a los santos sacerdotes que la construyeron desde sus cimientos, con los hermosos edificios del Colegio Nacional y de la Universidad, que nada cuestan al Gobierno: a aquellos sacerdotes que sólo la violencia de un Rey colérico y engañado echó de aquí en el siglo pasado, y, en este siglo, el genio de aquel hombre cuyo retrato no pudo recibir aquí honores sacrílegos, arrojó en aquellos años, que nunca podrá olvidar Buenos Aires, unos sacerdotes que son tan distinguidos por la ciencia como por la virtud, siempre celosos obreros del Evangelio, enemigos irreconciliables del vicio; sacerdotes a quienes odian y persiguen los impíos, los incrédulos, los malvados, y contra quienes tienen sus prevenciones los que han oído solo a esta clase de gente, o leído algunos papeles o libros nada serios ni veraces en la historia, y solo fraguados para corromper engañando al pueblo, que no puede siempre cerciorarse de las cosas, o a una juventud fácil de aceptar las invenciones».

Esta Pastoral tuvo por efecto inmediato enconar la herida y provocar la campaña que inmediatamente emprendió toda la prensa de Buenos Aires, a excepción del diario *El Católico Argentino*. En esta campaña periodística se distinguieron: *La Tribuna*, *El Nacional*, *L'Operario Italiano*, redactado por Basilio Cittadini y *El Correo Español*, que reapareció escrito por Enrique Romero Jiménez, sacerdote español apóstata, que años más tarde falleció víctima de un duelo. A estas publicaciones de decisiva influencia, así entre nacionales como entre extranjeros, hay que añadir otra que, con el título de *Contra-pastoral*, lanzó al público y repartió con toda profusión el doctor Luis V. Varela. En ella se repiten y resumen todas las imposturas y calumnias lanzadas, por espacio de tres siglos, contra la Compañía de Jesús, pero que, por lo visto, el doctor Varela no sólo no llegó a digerir sino que dejaría muy mal parada su fama de historiador y de crítico si hubiese de cimentarse en esa Contra-pastoral. No dejó sin embargo de producir el efecto inmediato que su autor se proponía, y contribuyó en gran parte a soliviantar los ánimos y provocar los luctuosos sucesos que muy pronto se produjeron. En esta campaña tomó también parte no escasa otro sacerdote español apóstata, Emilio Castro Boedo.

La ciudad se hallaba en estado de sitio, a causa de las revueltas producidas a raíz de la elección del nuevo Presidente Dr. Nicolás Avellaneda; por lo cual las agitaciones que se preparaban contra el

Colegio del Salvador no podían tener el carácter alarmante que les hubiese dado la publicidad. Sin embargo la prensa seguía su campaña de excitación contra la Compañía de Jesús aseverando que el proyecto de entregarle el templo de San Ignacio, como pretendía el señor Arzobispo, significaba el reconocimiento oficial de la misma en el territorio de la Nación. Así decía *La Tribuna* del 16 de febrero: «Los jesuitas, según la frase feliz de un escritor, no son otra cosa que una espada desnuda, cuya empuñadura está en Roma y la punta en todas partes. No estamos al alcance de esa punta: ¿por qué hemos de recibir *el presente griego* que de ella quiere hacernos el señor Arzobispo? No: las imposiciones del fanatismo y de la vulgaridad no deben dominarnos. Si el señor Arzobispo vive en el siglo pasado, quédese allí él solo; pero no pretenda hacernos retroceder el camino andado, importando al país cargamentos de ideas que hemos dejado muy atrás. Los jesuitas no tienen que hacer entre nosotros». El mismo diario, el 18 del mismo mes, volvía a la carga con estos vergonzosos conceptos: «En todo el mundo y en todos los idiomas se dice: ¡Usted es un jesuita, cuando los dictados de bestia, perverso, corrompido, ladrón y asesino no han bastado para desfogar toda la cólera del que habla. Es la fórmula con que se expresa la supina corrupción y una fórmula universalmente aceptada, aceptada también en Buenos Aires, donde se piensa como en todo el mundo, con excepción del Arzobispo, para quien los jesuitas no tienen más crimen que el crimen de Jesucristo. Es de esperarse que el Gobierno respete un poco el sentimiento público».

Además esa misma prensa insinuaba los tumultos que iban a producirse. Así, *El Nacional*, uno de los diarios, como hemos dicho, que más contribuyeron a exaltar los ánimos, escribía el 16 de febrero: «Los vecinos (de la parroquia de San Ignacio) que se oponen a la supresión (de la parroquia) están en enorme mayoría sobre los que se muestran favorables a las intenciones del señor Arzobispo, como pronto se verá cuando, si es exacto lo que se nos asegura, se convoque a un meeting, que venga a reforzar la exposición que firmar y que elevarán al Gobierno. Además a esa mayoría le acompaña todo el pueblo de Buenos Aires, que no puede consentir que a favor de la intriga, empiecen a primar hombres que sembrarán la semilla de la discordia y del retroceso en nuestra sociedad. Mal terreno ha escogido el señor Arzobispo para luchar con el pueblo, y querer imponerle lo que él rechaza. Sentimos de veras su derrota; pero como ella es necesaria al adelanto moral y social de nuestro país, esa de-



rrota, que deseamos, no se hará esperar. Así aprenderá el poder eclesiástico a armonizar sus intereses con los del pueblo».

El mismo diario, en la misma fecha, publicaba un largo artículo lleno de irónicos insultos contra el señor Arzobispo, que termina con estas frases: «Si el doctor Aneiros, fiel a su celo evangélico, no retrocede en la senda que ha emprendido, preciso será que el pueblo le enseñe cómo debe marchar; preciso será que el pueblo le enseñe que está dispuesto a ocuparse de cosas útiles y no a perder tiempo por antojos de jesuitas y compañía. Invitamos al pueblo de Buenos Aires a que haga una gran manifestación pública, como protesta-contestación a la pastoral del señor Arzobispo. Estas pastorales a los pueblos libres siempre son útiles para encaminar a los clérigos extraviados en el camino de la civilización. Estamos en época de corregir, corriremos. Espere el señor Arzobispo la contestación de sus fieles ovejas que pronto le llegará».

A estas diatribas y excitaciones, tanto de *El Nacional* como de *La Tribuna* habría que añadir las de *El Correo Español*, dirigido, como dijimos, por el sacerdote apóstata Enrique Romero Jiménez, a las cuales se agregó *La Prensa* reproduciendo calumnias y dando la falsa noticia de que habían llegado a Buenos Aires «sesenta miembros de la Compañía de Jesús, procedentes del Brasil, en donde, como se sabe, han estado sosteniendo la guerra a mano armada contra la autoridad del Emperador». Y luego, el 23 de febrero escribía: «Fatídicas sombras se dibujan en nuestro horizonte con la aparición de huéspedes tan funestos; y no podemos menos que llenarnos de tétricas ideas al recordar que ellos son los buhos que aparecen sobre el horizonte ennegrecido de la patria. Nadie debe ser indiferente entonces ante un espectáculo cuya perspectiva nos ofrece solo para el porvenir el ensanchamiento de la personalidad, del predominio absoluto y personal de algún ambicioso que toma como punto de apoyo esa columna, en que siempre se afianzan todas las tiranías. A la lucha, pues, ardiente juventud, atrás los jesuitas con toda su traición de males».

Lo transcrito es más que suficiente para dar una idea de cómo se iba prendiendo fuego a la hoguera, que muy pronto había de llenar de consternación a Buenos Aires.

Se fundó un llamado «Club Universitario», título que adoptaron los estudiantes revolucionarios de la Universidad, y contra el cual protestaron públicamente con sus firmas, que trae *La Nación* del 2 de mayo, más de 80 alumnos. Este Club Universitario provocó un

meeting, que había de tener lugar en el teatro de Variedades y que en realidad de verdad no fué sino el anzuelo que lanzaron las sociedades masónicas para exteriorizar el movimiento que ellas habían ido organizando en secreto, y que se iba intensificando y haciendo más notorio a medida que se acercaba la fecha en que había de estallar la mina. No era un secreto para nadie que en una casa de la calle de Santa Fe se reunían a diario muchos italianos, quienes, al salir a la calle después de la reunión, no se percataban en lanzar gritos y expresiones contra los jesuitas. A nadie se ocultaba tampoco que los carbonarios residentes en la Boca tenían también reuniones análogas, todo lo cual iba formando una atmósfera de intranquilidad y sobresalto, si bien nadie podía sospechar el alcance de esos tenebrosos movimientos. La Comisión Directiva del Club Universitario, al tener noticias, aunque vagas, de los atropellos que se venían preparando, tuvo una reunión tormentosa en la que se discutió la conveniencia de retirar la convocatoria, si bien prevaleció la opinión de que se realizase el meeting.

Llegó el domingo, 28 de febrero, y ya desde la mañana recorrían las calles algunos grupos con músicas y banderas, alzando estandartes en los que se leían inscripciones como: ¡Abajo el jesuitismo! ¡Abajo los jesuitas! Este movimiento se intensificó después del mediodía y a la una de la tarde el teatro de Variedades estaba completamente repleto. Las banderas, así la nacional como las extranjeras, que habían ido a la cabeza de los distintos grupos, se instalaron en el proscenio, formando marco al retrato de Rivadavia, que acompañó aquella tarde a las turbas en todos los atropellos que se cometieron.

Apenas acallados los ecos de las bandas de música y los gritos de aquella ola de cabezas, que se movía como un mar en tormenta, el señor Beracochea, que había presidido interinamente el Club Universitario, después de una corta arenga, cedió la palabra al Presidente de la Comisión Central Adolfo Saldías, al que siguió Antonio Balleto, comentando la Pastoral del señor Arzobispo con hiriente ironía, y leyendo la Protesta que debían firmar cuantos se opusiesen al Prelado. A estos siguieron Telémaco Susini, el apóstata Romero Jiménez y varios más. Pero quien enardeció los ánimos, hasta provocar un verdadero frenesí, fué el otro apóstata clérigo español Emilio Castro Boedo, quien desahogó su odio a la religión con todo género de denuestos contra la Compañía de Jesús y contra el señor Arzobispo.

Caldeados los ánimos, se invitó a la concurrencia a salir hasta la



plaza de la Victoria (hoy plaza de Mayo, desde Reconquista a San Martín), con el fin, se dijo, de disolver en ella la manifestación, pero en realidad de verdad con el objeto de realizar los planes que habían fraguado los organizadores de la revuelta. Una vez en la calle, la multitud que no había podido penetrar en el teatro se adhirió a la manifestación; los estandartes, bandas de música y gritos de muertas y de destrucción hacían presentir un desorden inaudito: y en efecto, al llegar la muchedumbre a la plaza de la Victoria, la policía fué impotente para detener tanto desorden, a pesar de que la jefatura se hallaba en la misma plaza. El Jefe, Enrique B. Moreno, manifestó a las turbas que participaba por completo de su opinión, pero que les suplicaba tuviesen a bien retirarse. Un grito ensordecedor y una lluvia de barro le hizo enmudecer, obligándole a dirigirse a la Jefatura, junto con los tres comisarios que le acompañaban, y apesar de que tenía a su disposición la Policía armada, prefirió dejar en plena libertad las turbas, que descargaron una granizada de piedras sobre una compañía del escuadrón policial, armada de *rémingtons*, y que tuvo que retirarse. Con esto comenzaron los hechos vandálicos que sucedieron a esta aquiescencia tácita de las autoridades policiales, y aun a las de la Provincia, cuyo Gobernador se había ausentado en ese día de la Capital, como para que no pudiese hacerse responsable de los hechos que sabía muy bien habían de desarrollarse.

Lo que sucedió inmediatamente en el Palacio del señor Arzobispo, donde las turbas no respetaron ni aún el escudo nacional, que fué arrojado al suelo, no tenemos por qué describirlo. A esto siguió el asalto a la iglesia de San Ignacio, donde produjeron daños de consideración, y luego a San Francisco.

Pero el intento principal era destruir el Colegio del Salvador, y a él se dirigieron las turbas, donde cometieron los crímenes y desmanes cuya descripción dejamos al P. Valentín Francolí, testigo presencial y víctima de tan salvaje atentado, y que los lectores de ESTUDIOS hallarán en este mismo número.

No hacía una hora que las turbas habían penetrado en el Colegio del Salvador, cuando éste se había convertido en una hoguera inmensa, cuyos fatídicos resplandores se esparcían por toda la Capital, llevando la turbación y el sobresalto a todos sus moradores. Los esfuerzos de la policía para dominar el incendio fueron completamente inútiles, y el grandioso edificio continuó ardiendo hasta convertirse en un montón imponente de escombros y ruinas.

El crimen se había consumado; las sectas masónicas habían realizado sus planes; pero los de la Divina Providencia eran muy diversos, y en esta ocasión como siempre, supo encaminar al bien del Colegio lo que las sectas habían tramado para su destrucción.

Los mismos organizadores y aun la prensa que se había manifestado más violenta y sectaria, no tardaron en avergonzarse de tamaño crimen. El mismo día 28 de febrero, el doctor Luis V. Varela, autor de la Contra-Pastoral, uno de los escritos que más contribuyeron, como hemos dicho, a exaltar los ánimos de la muchedumbre, sobre todo de la juventud, enviaba al Club Universitario la siguiente protesta:

«Señor Presidente del Club Universitario:

»En la carta con que envié a usted los ejemplares de mi *Contra-Pastoral*, le rogaba que hiciera de ellos el uso más conveniente a los propósitos de esa asociación: *propósitos que declaraba, desde luego, eran los míos propios.*

»Después de la manifestación de hoy, a la que no he asistido, pero cuyos detalles me traen en este momento algunos amigos, debo declarar a usted que mis propósitos no son—no lo serán jamás—los manifestados por los actos de algunos de los grupos reunidos hoy en las plazas y en las calles.

»No quiero ni puedo juzgarlos, porque ellos me inspiran tan profunda indignación, que me faltaría ánimo sereno para apreciarlos; pero desde luego rechazo la imputación que de ellos pueda o quiera hacerse a la juventud del Club Universitario o a la población liberal de Buenos Aires.

»Los pueblos viriles como el nuestro, no cometen nunca abusos que atacan su propia existencia, atacan su libertad. Tienen conciencia de su derecho; y esperan tranquilos el fallo de la ley, que es siempre el fallo de la opinión.

»El incendio y el asesinato, al lado de la profanación sacrílega, son crímenes que no pueden inspirarse por hombres honrados, por hombres libres, por hombres que han probado respetar a las instituciones.

»Los que llevaban el retrato del ilustre Rivadavia a presenciar esos actos de barbarie, no pueden, no deben ser republicanos.

»Como antes de tener lugar la reunión de Variedades me afilié a ella, aceptando los puntos designados en el programa publicado por ese Club, me creo en el derecho de declarar que no acepto como propagandista actos indignos de los altos fines que han inspirado mi actitud, en esta grave cuestión.



»Apóstol de una doctrina política, social, que creo sana y que creo noble, continuaré mi misión en la tribuna y en la prensa; pero nunca asociaré a tropelías salvajes, el humilde nombre de—*Luis Varela*.

»Domingo, febrero 28 de 1875.»

Nos place hacer constar que esta protesta la tomamos de la *Revista Masónica Americana* del 15 de marzo de 1875, que en ese tiempo se publicaba en Buenos Aires, y era el portavoz oficial de la Masonería en la República.

Esa misma revista que narra los hechos del 28 de febrero, atenuándolos según su conveniencia, trae la protesta que al día siguiente publicó el Club Universitario, diciendo que los que la firman protestan enérgicamente contra los *hechos criminales y vergonzosos* que han tenido lugar el día de ayer, y *que sublevan la indignación de todo argentino*.

En el mismo número trata de negar que «nuestro H. . . Enrique Romero Jiménez, director de *El Correo Español*, haya capitaneado las turbas asaltantes del Palacio del Arzobispo y del Colegio del Salvador». Nótese, sin embargo, que los Comisarios Suárez, Wright y Anzó, en el parte oficial que el día 3 de marzo elevaron al Jefe de Policía Enrique Moreno, dicen lo siguiente: «Ayudados por algunos particulares, pudimos evitar por espacio de diez minutos que la gente allí reunida atropellase dicha casa (el Palacio Arzobispal), y entrasen como lo pretendían, hasta que apareciendo una gran bandera española, se duplicaron los gritos: «abajo el Obispo», «Jesuitas», etc., y haciéndose flamear ésta por su conductor don Enrique Romero Giménez, nos fué imposible contener a más de cuatro mil personas que nos atropellaron y llevándonos por delante entraron a destruir la mencionada casa. Entre las gentes más encarnizadas por entrar reconocemos a un tal Espino, húngaro, vecino de la Boca del Riachuelo, a don Enrique Romero Giménez, que con la bandera española en la mano, entusiasmaba a los que le seguían, y otros cuyos nombres ignoramos, pero que de vista conocemos».

La misma revista masónica prosigue: «También hacemos constar con agrado que una comisión de la logia *Alianza*, del Vall. . . de la Boca, ha protestado públicamente contra las acusaciones que por la prensa se hicieron a dicha corporación, de haber instigado a los asaltantes».

Pero no deja de ser sorprendente la protesta que el mismo Consejo Supremo de la Masonería publicó el 9 de marzo, en la que dice: «Habiéndose atribuido por personas ignorantes y fanáticas, a la

masonería regular argentina, los excesos bárbaros que turbas desenfrenadas perpetraron el 28 del mes pasado en el palacio arzobispal y Colegio del Salvador, el presidente legítimo de la masonería regular argentina ha recibido autorización especial de su consejo supremo para declarar:

»1.º Que la masonería regular argentina es completamente ajena por su constitución a toda cuestión religiosa y política.

»2.º Que su misión filantrópica y liberal no tiene más esfera de acción que la propaganda y la caridad.

»3.º Que en consecuencia rechaza como calumniosa toda solidaridad en los excesos criminales de que antes se ha hecho referencia, y que condena y excluye a aquellos de sus miembros que por un extravío deplorable se hubiesen asociado a escenas repugnantes que la masonería y la moral reprueban.

»El Presidente, *Nicanor Albarelllos*.—El Secretario, *J. V. Lima*.»

Pero lo que parece increíble y no nos atreveríamos a afirmarlo si la documentación no estuviese en nuestro poder, es el tono de indignación con que diarios como *El Nacional* y *La Tribuna* que, por espacio de un mes habían estado excitando los ánimos y atizando la hoguera contra los jesuitas, afectando ahora un tono de horror y sorpresa, ante su propia obra, adoptaron una actitud de indignación y protesta no menos hipócrita que tardía. Así *La Tribuna*, que tanto se había distinguido por su vergonzosa campaña en esta cuestión, al día siguiente de tan luctuosos acontecimientos, o sea el 1.º de marzo, publicaba un artículo, titulado «La Comuna de Buenos Aires», que comienza con las siguientes expresiones: «Jamás ha presenciado Buenos Aires un hecho más bárbaro que el cometido bajo el pretexto de una manifestación contra los jesuitas. La Comuna de París se ha venido a esta ciudad. No es Buenos Aires quien ha protestado ayer contra la Pastoral de Monseñor Aneiros, no son los hechos acontecidos, fraguados por un pueblo culto y civilizado, no; aquello ha sido el espíritu salvaje de una chusma desenfrenada. ¿Para qué comentarios en este momento en que la pluma se resiste a trazar las últimas escenas, en que el ánimo se encuentra justamente indignado?»

Pasa a describir los hechos vandálicos que Buenos Aires presencié con horror, y luego continúa: «Concluimos aquí preguntando: ¿Quiénes son los culpables? Sean quienes sean, caiga sobre ellos el castigo inexorable de la severa justicia. Hemos sido los primeros en atacar el entronizamiento de los jesuitas entre nosotros; hemos sido los primeros en aplaudir las protestas populares; somos también los pri-



meros en condenar con todas nuestras fuerzas los hechos atroces acaecidos ayer, dignos sólo de compararlos con los de la Comuna de París.»

Este mismo tono, si no más agudo, adoptaron todos los diarios, singularizándose en acentuar la protesta aquellos que más se habían distinguido por la rudeza y violencia del ataque.

Las autoridades, tanto de la Nación como de la Provincia, no podían ni debían permanecer indiferentes ante los hechos vergonzosos desarrollados con evidente complicidad por lo menos de las autoridades policiales. Por esto, al día siguiente, el Presidente doctor Avellaneda, en acuerdo general de Ministros, dirige una nota al Gobierno de la Provincia «haciéndole presente la necesidad de que se tomen las medidas más enérgicas, para que un pronto castigo vindique la moral ultrajada, y poniendo a su disposición las fuerzas de línea, para vigorizar la acción de la justicia y de la Policía local». En el mismo decreto se resuelve que, «por el Ministerio de Justicia se ordene al Procurador Fiscal inicie el proceso correspondiente contra los principales autores del asalto del Palacio Arzobispal que, siendo edificio de la Nación, se hallaba bajo su jurisdicción». Además, en vista de que los sucesos del día anterior amenazaban producir un verdadero estado de conmoción, el Presidente, en el mismo acuerdo de Ministros, resolvió declarar a la Provincia de Buenos Aires en estado de sitio, por el término de treinta días.

Ante esa opinión general de protesta que se elevó en todo Buenos Aires, el Jefe de Policía se vió precisado a elevar al Gobierno de la Provincia la renuncia indeclinable de su cargo, «sacrificando, dice, gustoso mi humilde personalidad a las opiniones que reclaman una víctima que borre el recuerdo de las escenas bárbaras del Colegio del Salvador». Esta renuncia, presentada el día 3 de marzo, fué aceptada en la misma fecha.

Al día siguiente de los crímenes del 28 de febrero, la Cámara de Diputados de la Provincia sancionó una minuta de comunicación al Gobierno de la misma, en la que descuella este párrafo:

«Ante el asesinato y el incendio, producidos por turbas que no respetaron en su paso la religión ni el Estado, pues que profanaron los templos y resistieron a la autoridad, los legítimos representantes del pueblo creen afectados los intereses generales de la Provincia, y en uso de la facultad que les confiere el art. 87 de la Constitución, vienen a V. E. declarándole que su opinión de ciudadanos y de legisladores les aconseja dirigirse al P. E. para que éste lo haga al Poder Judi-

cial pidiéndole en nombre de la humanidad, que preste atención preferente al enjuiciamiento de los autores de los crímenes cometidos ayer: que habilite todos los días y todas las horas para adelantar el proceso por momentos; que aplique a los asesinos e incendiarios todo el rigor de las más severas leyes penales, y cumpliendo implacablemente aquellas sentencias, devuelvan a Buenos Aires la tranquilidad perdida, reparando así, en parte, las ofensas hechas a la Constitución, que garantiza a todos los habitantes los derechos que los asesinos e incendiarios perpetraron contra la civilización.»

El Senado de la Provincia se dirige también, en términos análogos, al Gobierno de la misma, y el Superior Tribunal de Justicia, el mismo día 1.º de marzo, publica el siguiente acuerdo:

«En Buenos Aires, a 1.º de marzo de 1875, reunidos en acuerdo extraordinario los señores de la Suprema Corte de Justicia, dijeron:

»Que debiendo el juez en turno contraer toda su atención a los procedimientos judiciales requeridos por la multitud de los sucesos acaecidos durante el día de ayer, de conformidad con lo manifestado por aquel juez en el acuerdo,

»La Corte resuelve que el despacho urgente del doctor Demaría en las otras causas, sea atendido por los otros jueces del crimen, ínterin dure aquella atención absorbente.

»Lo mandaron, firmaron y ordenaron se publique.—*Escalada—Villagas—González—Kier.*—Ante mí: *Aurelio Prado*, Secretario.»

En la misma fecha el Juez Demaría dió un auto invitando a declarar en su tribunal a todo el que tuviese conocimiento personal de los crímenes cometidos el día 28 de febrero.

Todo hacía presumir que la hora de la vindicación había sonado. Sin embargo, la gente sensata conocedora de los elementos ocultos que habían tramado ese movimiento antirreligioso, no se hacían ilusiones respecto del resultado final, a pesar de las prisiones que cada día se efectuaban. En efecto, antes de dos meses el Juez Demaría dió sentencia sobreseyendo en la causa y alegando por motivo de su fallo que el Fiscal se había rehusado a acusar. Tan fútil, por no decir ridículo pretexto, fué suficiente para que se diese por terminada la causa. Los criminales que habían sido aprehendidos recobraron su libertad; los que, por sus relaciones más o menos tenebrosas, no habían caído bajo la acción de la policía, pudieron deponer sus temores y dedicarse a sus actividades, en la seguridad completa de que nadie los molestaría. Con razón, pues, el 17 de mayo, el *Pueblo Católico* de Córdoba publicó un artículo editorial, que terminaba con los siguien-



tes conceptos: «Esta sentencia es una grande iniquidad, y viene a coronar dignamente la montaña de crímenes y escándalos promovidos en odio al Catolicismo por la Masonería en Buenos Aires, mediante la indiferencia y quizá la complicidad de las autoridades. ¡Vergüenza e ignominia a los jueces prevaricadores que así tuercen la justicia! ¡Reprobación y censura de parte de todo ciudadano honrado a los Poderes Públicos que los toleran!»

Las ruinas del Colegio del Salvador eran una ignominia para Buenos Aires, y esa ignominia no podía permanecer en pie. La protesta más positiva y eficaz era reconstruir sobre esas ruinas un nuevo edificio que superase en grandiosidad al incendiado por el odio de las sectas; pero esto no era posible sin la cooperación de cuantas familias se interesaban por la educación intelectual y moral de sus hijos. Al efecto, una Comisión encargada de la reconstrucción del Colegio, compuesta por los señores José Manuel Estrada, Eduardo Angel Lahitte, Norberto Fresco, Octavio Rossi, José M. Cullen, Adolfo E. Carranza, E. Lamarca, L. Doynel y Jaime Llavallol, recolectó entre las principales familias lo más urgente y necesario para que cuanto antes quedase habilitado el Colegio, lo cual se realizó en los primeros días de abril, abriéndose las clases para mediopupilos y externos. Pero la Comisión deseaba habilitar también un local suficiente para algunos internos, y con este objeto dirigió una circular admitiendo suscripciones mensuales de pequeñas cantidades, por el término de un año. El resultado colmó las esperanzas de la Comisión, y antes de dos años, el Colegio del Salvador era uno de los edificios más majestuosos que en aquella época se levantaban en Buenos Aires.

El efecto de ese salvaje atentado, cuyo cincuentenario conmemoramos, resultó, como se ve, del todo contraproducente. El Colegio del Salvador fué acrecentando de día en día su prestigio; el número de alumnos que han desfilado por sus aulas suma muchos millares. Su acción educativa se ha hecho sentir no sólo en los hogares, sino también en las actividades de la Nación, ya que sus alumnos han tenido y siguen teniendo participación en casi todas las ramas del gobierno, de la industria, del arte y del comercio.

El Colegio del Salvador ha sido siempre un hogar, en donde saben sus alumnos que tienen en todo momento y en cualquiera de las vicisitudes de la vida ayuda moral; y que el anhelo principal de sus maestros es que continúen cada día más firmes y estrechos los vínculos que en las aulas los ligaron a sus discípulos.

VICENTE GAMBON, S. J.